

Trayecto de vida.

Aquella era una mañana como otra cualquiera, cualquiera para todos menos para mí. Los pájaros cantaban las melodías usuales de cada día, el sol bañaba con sus primeros rayos mi ciudad natal y las antiguas persianas crujían en su esfuerzo por subir de nuevo. Es increíble la aplastante realidad que conlleva la típica frase consoladora: “no te preocupes, mañana el sol volverá a salir”. Lo que no te cuentan es que a veces llega un día sin previo aviso a partir del cual deja de tener el mismo brillo.

En ese momento se cumplían 11 años desde la última vez que la vi, aunque eso no quitaba que siguiera doliendo como el primer día. Fue por ello por lo que cumplí con la promesa que hice conmigo misma y cogí aquel autobús que comunicaba los dos lugares entre los que me crié, y que tenía como destino aquel del que aún conservaba mis mejores recuerdos, en los que por supuesto se encontraba ella.

La línea 140 iba desde el pueblo en el que vivía hasta el Arenal, el barrio en el que crecí con mi hermana. Solo la cogía ese día del año pues eran demasiadas memorias rotas las que venían a mi cabeza cuando lo hacía. Al montarme fui a la última fila de asientos, donde ella quería que nos quedásemos a pesar de mis protestas por el mareo que me provocaba sentir el motor. Cuando llegué me senté y al comprobar que no había nadie dejé mi mochila en la silla del extremo, junto a la ventana, donde normalmente iba ella. El vehículo arrancó y pensé cuanto hubiera dado por volver a escuchar la broma pesada que me gastaba al inicio del trayecto de que si me entraba fatiga sacase la cabeza por la ventana (la cual obviamente no se podía abrir). Los campos comenzaron a pasar al igual que las imágenes de nosotras

bajándonos en paradas aleatorias antes de llegar a casa para disfrutar un poco más, por si no nos había sido suficiente con la tarde en el pueblo, que se repetía cada día para visitar a nuestros familiares y amigos. Pese a la advertencia paternal de no hablar con desconocidos (nuestros padres raramente desconectaban del trabajo y nos acompañaban en nuestros diarios viajes), conocíamos a casi todas las personas que montaban en aquel entonces. Ella era pura alegría, cuando entraba en el autobús todos la saludaban conforme la veían llegar y escuchaban deseosos sus relatos sobre aquella tarde, en la que por supuesto había cometido toda las travesuras que cualquier niño pudiera imaginar. Todo había cambiado mucho desde entonces, ya no conocía el nombre del chófer ni a ninguna de aquellas personas, sin embargo, en apariencia todo seguía igual.

Sentía paz. Nadie me entendía pero esos viajes tenían un significado especial, y era porque solo entonces, al mirar el cielo a través de la ventana, la sentía de nuevo allí, conmigo, igual de cerca que hacía 11 años, como si no hubiera pasado el tiempo.

Viajera de pueblo